

DEMANDAS SOCIALES AL MAESTRO EN EL PERU

María Amelia Palacios

La educación tiene una cuota de responsabilidad sobre la calidad de las decisiones y de la vida del Perú del próximo siglo. Pero es además responsable de las capacidades que hoy tenemos los peruanos para encarar el presente. Los educadores¹ somos parte de esos millones de ciudadanos peruanos que decidimos y damos vida (o muerte) al Perú de hoy y a los que la sociedad delega grandes responsabilidades respecto a próximas generaciones.

No es fácil definir las responsabilidades del formador de educadores en el Perú si queremos hacerlo sin obviar nuestro punto de partida: la situación actual del país. Tampoco lo sería si la situación fuese mejor, porque los educadores son los principales agentes de transmisión de cultura en la sociedad y por ello su formación profesional, su práctica educativa actual, actitudes y expectativas respecto al futuro, son motivo de preocupación de diversos grupos y capas de la sociedad y el Estado e inclusive de organizaciones

1. Utilizaré en el texto el término educadores para referirme a ese conjunto amplio de personas cuya dedicación principal es formar a otros (niños, jóvenes o adultos), sea en instituciones o en la propia comunidad, a través de medios indirectos o en relación directa con los participantes.

terroristas como Sendero Luminoso. Existe por ello siempre una suerte de disputa por conquistar a los maestros a principios, intereses o compromisos determinados y en este objetivo los programas de formación docente juegan un papel central. La disputa es mayor cuando más dividida está la sociedad.

Existen diversas formas de abordar la discusión sobre el rol y características que debe tener el formador de educadores en el Perú. Todas ellas sin embargo deberían buscar —en último término— que el saber y el actuar del formador de educadores lograra ser útil para transformar. Esto que puede parecer una verdad de perogrullo, no lo es cuando empieza la deliberación sobre qué y en qué sentido debe transformar el formador al educador y qué necesita saber para lograrlo.

Quisiéramos participar en esta discusión desde una mirada que considere las necesidades y demandas sociales de la gente (niños, jóvenes o adultos de zonas rurales y urbanas). Estas suelen ser desplazadas en nuestras discusiones por prescripciones normativas (el debe ser). Preguntas como ¿qué demanda la sociedad a los educadores? o ¿qué problemas debe la educación contribuir a resolver? si bien no son los únicos criterios a considerar en la toma de decisiones, son de gran relevancia especialmente en momentos históricos como el actual en el que diversas fuerzas nacionales buscan reconstruir el país en un sentido de mayor democracia, desarrollo y equidad.

Lamentablemente no abundan las investigaciones o estudios que den a conocer las demandas de la gente a los maestros y a la educación en general. Un inventario y apreciación crítica de la calidad, rigurosidad o pertinencia de diagnósticos existentes elaborados por funcionarios del Estado, universidades u otras instituciones, sobre la demanda socio-educativa y las necesidades de desarrollo local y regional en el país, serían de enorme utilidad. Es por ello que las ideas iniciales que a continuación presentamos, se basan más en nuestra experiencia institucional en la formación de educadores² que en hallazgos de investigación.

2. La experiencia de TAREA en este campo proviene de su participación en Talleres Permanentes de Formación de Educadores Populares, autogestionados por educadores de

Creemos que los profesionales dedicados a formar educadores en el Perú junto con un buen *dominio* de principios, conceptos e instrumentos de su área de especialización disciplinaria, requieren poseer otras capacidades, de singular urgencia, dada la situación actual del país. Estas son:

PENSAR LA REALIDAD Y RESPONDER A SUS EXIGENCIAS

Solamente acercarnos a la educación prefigurando las personas que deseamos ser y el tipo de sociedad en la que quisiéramos vivir. Esperamos que la educación nos ayude a superar niveles actuales de rendimiento y nuestras competencias para resolver problemas o necesidades influyendo así en nuestra calidad de vida. Las competencias que requerimos están en función del tipo de problemas que tenemos que resolver. Estos no son siempre los mismos, de allí que la necesidad de ser flexibles para incorporar los cambios en las necesidades sociales a nuestra perspectiva de trabajo.

En sociedades precarias como la nuestra, donde grandes capas de la población no logran satisfacer ni sus necesidades primarias de sobrevivencia, prolongando la insatisfacción de necesidades básicas por generaciones, los retos de la educación son enormes ya que se espera de ella que atienda no sólo necesidades educativas, sino subsistencia. Por ello la formación del educador debe hacerlo consciente de su función de articulador de la educación con las demandas y necesidades de la realidad, y de promotor de proyectos educativos ligados a objetivos de desarrollo local y regional.

Capacidad entonces para percibir las demandas y urgencias de la gente. Es más, conocer qué sienten, saben y necesitan aquellos a los que pretendemos educar, debería ser parte del repertorio de "reflejos" de todo educador. En qué realidad nos movemos y cuáles son sus posibilidades de transformación (Mejía, 1992) es el punto de partida para decidir para qué y cómo formar.

centros de promoción y educación popular y en los últimos dos años de la capacitación de maestros en servicio de las escuelas públicas.

SABER EDUCAR EN CONTEXTOS DE DESIGUALDAD Y POBREZA

En el Perú, a diferencia de otros países del continente, el reto no sólo es poner la educación a la par del conocimiento más avanzado o de incrementar nuestros esfuerzos de formación técnico-productiva, sino reconstruir relaciones en la economía, la política y en general la convivencia social entre peruanos, ahora destruida, entre otras razones porque permitimos que las desigualdades se profundizaran y extendieran a límites insoportables para un importante sector de la población.

La mayoría de los educadores en el país trabajarán con población pobre³, con niños, jóvenes y adultos que no tienen satisfechas un mínimo de necesidades básicas (Elías, 1992) y que sufren por tanto de los efectos de los distintos grados de pobreza. Los efectos de la pobreza y la violencia social y política en los niños y jóvenes peruanos, es un tipo de conocimiento que habría que generar desde los educadores. Necesitamos conocer mejor de qué condiciones parte el proceso de aprendizaje para inventar formas pedagógicas que logren educar a pesar de estas condiciones, a la vez que concertamos para cambiar aquellas políticas económicas y sociales que alientan salvajemente la extensión de la pobreza.

Estas dos primeras competencias requieren que el formador de educadores tenga una propia formación que incluya los saberes de otras disciplinas distintas a la pedagogía o la teoría de la enseñanza. La formación general se torna así esencial para los educadores de estos tiempos porque se trata de reconstruir valores y conocimiento nuevo. Un estudio realizado en Chile llega a conclusiones semejantes, el educador debe manejar un "capital cultural, general o especializado, orientado no tanto a los problemas de la enseñanza general básica, como a los principios de pensamiento contemporáneos que constituyen la base de área de saber o de una disciplina determinada" (Cox y Gysling, 1989).

3. De acuerdo al documento "La Pobreza en el Perú. Diagnóstico y Propuestas de Política" del Proyecto Regional para la Superación de la Pobreza (PNUD-INP), en 1986 de la población total del Perú, la "no pobre" era sólo el 29.3%.

APRENDER A APRENDER DE LA EXPERIENCIA Y REVALORARLA

¿Pero no existe un cierto saber pedagógico acumulado producto de la propia experiencia de educar en el Perú en condiciones de desigualdad y pobreza? Hay definitivamente saber empírico del que podemos partir. La materia prima de la formación del educador debe ser la problemática que proviene de la sistematización de las experiencias de educar (Iguíñez, 1991).

Hay dos vías complementarias para lograrlo: el *conocimiento académico* riguroso que requiere del uso de instrumentos y procedimientos de la investigación científica a los que el formador de educadores debe tener acceso, y el conocimiento empírico que surge de la *práctica cotidiana* de educar, de los cientos de decisiones que los educadores realizan cotidianamente en el intento de mejorar su acción educativa. Esta experiencia es una fuente clave de aprendizajes y nuevo conocimiento si la sistematizamos y hacemos teoría sobre ella. Compartimos por ello la prioridad que algunos formadores exigen dar a la capacitación en servicio o formación desde la práctica docente. La experiencia educativa es una rica fuente de saber. Si sabemos sacar lecciones de ellas tendremos una capital cultural importante que puede convertirse en nuestra “ventaja comparativa” frente a educadores de otras realidades y otros saberes profesionales.

GENERAR SABER PEDAGOGICO PROPIO

Identificar las necesidades y explicarlas no lleva necesariamente a resolverlas. Hay decisiones de distinta naturaleza que tomar: por dónde empezar, cuáles podemos atender, cuáles son las estrategias más eficaces o los planes de acción (el currículum o programa de formación) para resolverlas. Debemos pensar acciones en un contexto de escasez de recursos —que sabemos no es coyuntural sino de largo plazo— y con gran voluntad de acción y entusiasmo, para no rebajar nuestras aspiraciones de formación integral del educador.

La educación puede aportar un saber específico pero para ello requiere, como lo afirma García Huidobro, ocuparse de los procesos educativos en sí mismos “ingresando a la escuela, a la sala de clases,

y tratando de entrar en la ‘caja negra’ del enseñar y aprender” (García Huidobro, 1989). Los formadores de educadores pueden cumplir un rol importante en lograr que esto se haga realidad, proporcionando teoría y herramientas para estudiar procesos educativos a nivel micro.